

LA MUERTE DE LA MUERTE

Desde que hace más de una década se consiguiera sistematizar los procesos de regeneración celular para todos los tipos de células humanas, o lo que se vino en llamar la “muerte de la muerte”, los intereses de muchos, o más bien de todos los seres humanos, entraron en conflicto. Hasta tal punto fue así que estuvimos al borde del abismo de la tercera guerra mundial. Se ha conseguido de facto la inmortalidad del cuerpo y mente humanas, la reversión del envejecimiento, algo que unas décadas atrás era impensable, salvo para algunos escritores de ciencia ficción. De hecho, no se trata de mantener las condiciones físicas, sino, verdaderamente, de rejuvenecer los tejidos y órganos, incluida la capacidad neuronal.

Pero la realidad ha resultado mucho más cruel de lo que en principio parecía. El costosísimo y sofisticado proceso de síntesis de fármacos no da más de sí. Incluso considerando los crecimientos exponenciales de producción previstos, no habrá suficientes tratamientos para todos los seres humanos del Sistema Solar hasta dentro de sesenta años. Por tanto, sólo el 56% de la población mundial está salvada, pero esta será la última generación de mortales. Después, el riguroso control de la natalidad y la paulatina conquista de los satélites de Júpiter serán imprescindibles para no tener problemas de superpoblación, pero sin llegar a ser una especie de ancianos inmortales.

Es precisamente la escasez de las medicinas milagrosas lo que ha llevado a esta civilización al borde del colapso. Primero obviamente fue la riqueza personal lo que parecía iba a dar acceso a las mismas e hizo subir el valor de las empresas farmacéuticas de forma oportunistamente especulativa. Hasta que intervinieron los Estados. Cuando estaban al límite de destrozarse entre sí, se impuso milagrosamente la cordura.

Después se cambió de modelo. Se definieron criterios de selección para hacer un ranking de todos los seres humanos según sus méritos: inteligencia racional, inteligencia emocional, capacidades intuitivas e influencia en el bien de la humanidad se baremaban y se medían con algoritmos nada claros para la inmensa mayoría de la población.

La cuantificación de esa meritocracia fue objeto de intensas e interminables discusiones. Evidentemente fue imposible llegar a un acuerdo, por lo que finalmente se impuso el procedimiento del sorteo. Parecía el más obvio y más fácil de los métodos, aunque probablemente no el más justo, pero aprendimos que justicia y viabilidad no siempre van de la mano. Todos los hombres, mujeres y niños sin excepción entrarían en una gran lotería. Pero tampoco con esta solución se llegó a un rápido consenso. En principio parecía triunfar la idea de sortear un día del año para tratar a las personas según su fecha de nacimiento, a partir de la misma, en cada año. Pero esto podía conducir

fácilmente al fraude, especialmente en países que no compartían con la comunidad internacional la totalidad de los datos poblacionales.

Definitivamente, el acordado sorteo aleatorio puro obligó a elaborar un censo universal que en un momento dado tuviera los datos de todas las personas vivas en ese instante y de las que estaban por nacer en los próximos meses. Se descontaba, tal y como se convino, a aquellos que, por motivos religiosos, filosóficos o personales, renunciaban el tratamiento, que, al fin y a la postre, resultaron ser menos de los previstos. Se generaron muchas tensiones por la presión que ejercieron muchos líderes de diferentes religiones, pero si algo aprendí en aquellos momentos fue que el instinto de supervivencia y las ganas de vivir son más fuertes que casi cualquier creencia. Llegado el momento, con la perspectiva de una posible inmortalidad, ésta parecía menos antinatural.

El procedimiento velaba por que los agraciados no pudieran vender, subastar o traspasar su derecho de acceso a la medicación. Los intentos de fraude mediante contratos personales que se detectaron incluso antes del gran día de la lotería, se castigaron sin miramientos con la expulsión del censo. No se permitía ningún tipo de picaresca. La impoluta limpieza del mayor reto que ha afrontado la especie humana era primordial para su éxito.

Así que me encuentro ahora, como responsable técnico de la ejecución del algoritmo aleatorio para el sorteo, como líder del incorruptible equipo de profesionales en cuyas manos está el futuro de absolutamente toda la humanidad. Mucho trabajo. Mucha responsabilidad. Excesiva para haberlo compatibilizado con la atención que mis tres hijos adolescentes requieren. Son excepcionales, pero lo han pasado muy mal los últimos meses y siento que no les he procurado todo lo que merecían. Apenas puedo pensar en ello, porque tengo el inmenso compromiso de garantizar el transparente método por el que gran parte de la humanidad conseguirá la inmortalidad. Pero es tarde. Demasiado tarde. Si no hubiera habido tal infinidad de diatribas, discusiones y acuerdos, quizás mi mujer podría haberse salvado. No me habría dejado la pasada primavera, después de esa espantosa agonía. Seguiría con nosotros. Ella, su eterna sonrisa, su optimismo contagioso.

Cuando el director del proyecto, con mucha discreción, me llamó a su despacho para proponerme una falsificación del código y salvar de forma torticera a determinados prohombres y multimillonarios, me opuse de inmediato. Él argumentó insistentemente que todos tenemos un precio, pero me negué a confesarle que yo lo pudiera tener. Salí de allí indignado. Pero tras largas noches de insomnio, que pusieron a prueba mi entereza moral, encontré la oportunidad de negociar.

Ahora, por fin, se publican los resultados del sorteo y todos se conectan a la red para saber si están salvados. Yo no lo consulto, salgo de la oficina y paseo sonriente bajo la lluvia, al fin tranquilo, por los bulevares desiertos. No estoy salvado, moriré, pero sí lo están mis hijos.